

Fútbol e innovación en *Juan Belmonte, matador de toros* (1935), de Manuel Chaves Nogales

Antonio Sánchez Jiménez

Université de Neuchâtel

Suiza

Resumen: Este trabajo examina cómo Manuel Chaves Nogales usa el fútbol en *Juan Belmonte, matador de toros* (1935) como metáfora del cambio inexorable y amenazante que se cernía sobre su mundo y el de Belmonte. Tras presentar las dos ocasiones en que el balompié aparece en la novela, así como una tercera y cuarta en un texto liminar del volumen, proporcionamos el contexto para entender la obra y las referencias mencionadas. Así, examinamos, en primer lugar, el contexto relativo a la publicación del libro y las expectativas a que éste respondía, así como a la obra de Chaves Nogales en esa época. En segundo lugar, estudiamos la disposición e intereses de la obra, con un pequeño estado de la cuestión sobre la misma. Con estos datos, volvemos a la cuestión del fútbol para justificar nuestra lectura de las referencias a este deporte en la novela.

Palabras clave: Manuel Chaves Nogales, fútbol, toros, *Juan Belmonte, matador de toros*.

Football and Innovation in *Juan Belmonte, Killer of Bulls* (1935) by Manuel Chaves Nogales

Abstract: This paper examines how Manuel Chaves Nogales uses football in *Juan Belmonte, matador de toros* (1935) as a metaphor of the inexorable and menacing changes that hung over his world and Belmonte's. After presenting the two passages in which football appears in the novel, and a third and fourth passages in a liminal text, we delve into the context that explains the work and the above-mentioned references. In the first place, we examine the book's publication context, and the expectations it answered to, as well as Chaves Nogales' work at the time. In the second place, we study the structure and interests of the work, and we provide a small state of the question about it. Finally, we return to the use of football in the work to justify our interpretation of the pertinent passages.

Keywords: Manuel Chaves Nogales, football, bullfighting, *Juan Belmonte, matador de toros*.

Peer reviewed article

Recibido: 1-II-2019

Aceptado: 29-V-2019

El primer tercio del siglo XX fue decisivo para el ascenso del fútbol a nivel mundial¹, y consecuentemente para su enfrentamiento con una serie de entretenimientos de masas que le disputaban el fervor de la gente. Así, y con muy diversa suerte, el fútbol se opuso al rugby, béisbol, fútbol americano o cricket en países como Francia, Estados Unidos o la India. En esta disputa, el fútbol se encontró en muchos de los países hispanos con un contendiente tal vez más pintoresco, pero no menos formidable: la tauromaquia, con la que el fútbol tiene en España un “atávico antagonismo”². De hecho, la comparación entre la afición a los toros y al fútbol es tópica en la crítica. Por ejemplo, al tratar de explicar la importancia del mundo de la “torería” en los años veinte, Isabel Cintas Guillén puntualiza: “Mundo que, por otra parte, era tan fundamental en la sociedad del primer tercio del siglo XX como puede serlo hoy el mundo del fútbol”³. Concre-

¹ David Goldblatt, en *The Ball Is Round. A Global History of Football*. London: Viking, 2006, pp. 146-150, ofrece algunos datos acerca de este ascenso en España, aunque se preocupa más por cuestiones como la influencia inglesa y las disputas entre identidades nacionales que por la oposición entre fútbol y toros, a la que sólo dedica este comentario: “In the cities of Spain, commercial bullfighting had become an entrenched feature of urban life, but it was always closer in ethos to the fiestas and games of small towns and villages and did not offer the possibility of mass participation” (p. 145). Sin embargo, los toros sí que eran parte integrante de la vida de los barrios populares de las grandes ciudades —la Triana de Belmonte es un claro ejemplo— y también permitían la participación de las masas. Además, la oposición entre toros y fútbol se puede percibir incluso en los lugares donde se practicaban estos entretenimientos. El primer partido del Recreativo de Huelva tuvo lugar en Sevilla, en el hipódromo de Tablada, cerca de las dehesas donde desarrollaría Belmonte su toreo clandestino. Además, José Ignacio Corcuera llama la atención acerca de que, “a medida que el deporte importado se extendía de ciudad en ciudad, no pocos campos acababan improvisándose junto a plazas de toros, por la elemental razón de que muchos cosos solían hallarse en los extrarradios” («Fútbol y toros», *Cuadernos de Fútbol*, LXXXIX (2017), <http://www.cihefe.es/cuadernosdefutbol/2017/07/futbol-y-toros/>). Sobre los orígenes del fútbol en el Río de la Plata y su extensión a otros países de Hispanoamérica, véase Pablo Alabarces, *Fútbol y patria. El fútbol y las narrativas de la Nación en la Argentina*. Buenos Aires: Prometeo, 2002) y Goldblatt (*op. cit.*, 2006, pp. 201-206), quien no presta atención a la tauromaquia, al igual que Pablo Alabarces y Verónica Moreira: «Football in Latin America: A Recent Field, a Research Agenda», en: Hughson, John/ Moore, Kevin/ Spaaij, Ramón/ Maguire, Joseph (eds.): *Routledge Handbook of Football Studies*. London: Routledge, 2017, pp. 457-467.

² Corcuera (2017), *op. cit.*

³ Cintas Guillén, María Isabel: «El Belmonte de Chaves Nogales», *Revista de Estudios Taurinos*, XXIII (2007), pp. 129-155, p. 38.

tamente, los años 20 son considerados la edad de oro del toreo, fomentada en España por la rivalidad de “gallistas” y “belmontistas”, es decir, los respectivos partidarios de los toreros sevillanos José Gómez Ortega, “Joselito” (1895-1920), y Juan Belmonte, el “Pasma de Triana” (1892-1962)⁴. Prueba de esta popularidad fue el éxito internacional que alcanzó la biografía novelesca de Belmonte, *Juan Belmonte, matador de toros*, que publicó en 1935 el escritor y periodista sevillano Manuel Chaves Nogales. Chaves Nogales es también autor de textos clave para entender la época como *A sangre y fuego* (1937)⁵, tal vez el mejor libro de relatos sobre la Guerra Civil Española, por lo que cabría esperar que en *Juan Belmonte* nos dejara, no sólo un retrato fascinante de la personalidad y arte de Belmonte, sino también de la volátil situación de la España de su tiempo. Como no podía ser menos, la “novela”⁶ da fe, entre otras cosas, de la competencia entre toros y fútbol, deporte impulsado por el éxito de la selección española de fútbol en las olimpiadas de Amberes de 1920, pero rechazado aún por muchos, que lo enfrentaban explícita o implícitamente a la tauromaquia. Entre los más diáfanos está, por ejemplo, el novelista Rafael López de Haro, cuyo *Fútbol... Jazz-band* (1924) rechazaba el sacrilegio de comparar a los futbolistas con los héroes de la fiesta nacional⁷. Obviamente, a López de Haro no le faltaron detractores, ni al fútbol defen-

⁴ La popularidad del toreo, y del propio Belmonte, en América, se puede deducir de las giras triunfales del “Pasma de Triana” por México, Venezuela y Perú (Castillo Martos, Manuel: «Juan Belmonte en América», en: Romero de Solís, Pedro y Gil González, Juan Carlos (eds.): *Juan Belmonte: la epopeya del temple*. Sevilla, Universidad de Sevilla/ Fundación Real Maestranza de Caballería, 2013, pp. 143-188). Sin embargo, sería erróneo suponer que los grandes toreros de la época eran solamente sevillanos. Diversos países latinoamericanos gozaron de figuras comparables a Belmonte, como el mexicano Rodolfo Gaona, el “Califa de León”, quien, de hecho, compartió cartel con Belmonte en diversas ocasiones en España y México.

⁵ Chaves Nogales, Manuel: *A sangre y fuego*, ed. de María Isabel Cintas Guillén. Sevilla: Renacimiento, 2013.

⁶ Nos referiremos a *Juan Belmonte* como novela por comodidad y porque se puede leer como tal, como explicaremos al tratar su estructura. Sin embargo, es en realidad una biografía novelada y contada en primera persona, basada, pues, en hechos reales. La misma indeterminación genérica afecta a *El maestro Juan Martínez*, sobre la que “resulta imposible decidir si se trata de una cosa o de otra, si estamos ante una novela o ante un relato de hechos verídicos” (Trapiello, Andrés: «Prólogo», en: Chaves Nogales, Manuel: *El maestro Juan Martínez que estaba allí*. Barcelona: Libros del Asteroide, 2007, pp. xv-xx, p. xv).

⁷ García Cames, David: *La jugada de todos los tiempos: fútbol, mito y literatura*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 2018, p. 11.

sores: Ernesto Giménez-Caballero encomia el balompié en su «Explicación del fútbol», de *Hércules jugando a los dados* (1928), y lo compara favorablemente con los toros en *Los toros, las castañuelas y la virgen* (1927), libro en el que sostiene que, frente a la fiesta nacional, “el fútbol no adormece ni embriaga”⁸. La competencia entre fútbol y toros estaba servida.

En este trabajo, examinamos el papel que desempeña el fútbol en un célebre libro taurino, el ya mencionado *Juan Belmonte, matador de toros*, centrándonos en el valor que en él desempeña el balompié como metáfora del cambio inexorable y amenazante que se cernía sobre el mundo de Belmonte y Chaves Nogales. Para ello, comenzaremos presentando las dos ocasiones en que el fútbol aparece en la novela del sevillano, así como una tercera y cuarta que aparecen en un texto liminar del volumen: una conversación entre Belmonte y Josefina Carabias, autora del «Epílogo» que acompaña a la novela desde 1970. Tras ello, proporcionaremos un poco de contexto para entender la obra y las cuatro referencias mencionadas. En primer lugar, el contexto relativo a la publicación del libro y las expectativas a que este respondía, así como a la obra de Chaves Nogales en esa época. En segundo lugar, el que atañe a la disposición e intereses de la obra, con un pequeño estado de la cuestión sobre la misma. Con estos datos, volveremos al final a la cuestión del fútbol, para justificar nuestra lectura de las referencias a este deporte en la novela.

La primera aparece en el capítulo segundo («Los cazadores de leones»), dedicado todavía a evocar la infancia de Belmonte. En él, el torero cuenta cómo jugaba al toro con los niños del Altozano trianero y compara su infancia con la actualidad, y la afición a los toros con la del fútbol: “Jugaba al toro de una manera natural, como jugaban entonces todos los niños de mi edad, los mismos que hoy juegan invariablemente al fútbol”⁹. El adverbio sugiere un proceso imparable al que se suma el propio Belmonte en la segunda aparición del balompié en la obra, en el capítulo 22 («Un cortijo con parrales»), en el que el novillero cuenta cómo, una vez alcanzado el éxito, trató de alejarse de la tauromaquia:

⁸ Giménez-Caballero, Ernesto: *Casticismo, nacionalismo y vanguardia (antología, 1927-1935)*, ed. de José Carlos Mainer. Madrid: Fundación Santander Central Hispano, 2005, pp. 8-10.

⁹ Chaves Nogales, Manuel: *Juan Belmonte, matador de toros. Su vida y sus hazañas*. Madrid: Alianza, 2008, p. 24.

Procuré apartarme todo lo posible de las sugerencias toreras. Me hice labrador auténtico y no hubo ya para mí más que mis aranzadas de olivar y mi molino aceitero. Por divertirme, me compuse un tipo muy gracioso de propietario rural un poco extravagante, a lo inglés. Arrinconé la silla vaquera y la sustituí por una montura inglesa; cambié los zahones por unos *breeches*; me compré una trinchera y una pipa y organicé un equipo de *foot-ball* con los jornaleros de mi finca.¹⁰

Dejemos por el momento de lado el revelador anglicismo para fijarnos en las dos últimas apariciones del deporte rey en el libro, esta vez en el «Epílogo» de Carabias. Esta mujer es ya de por sí importante para la historia del fútbol en España, pues publicó *La mujer en el fútbol* (Barcelona, Juventud, 1950), donde recoge las crónicas que escribía para *Informaciones*¹¹. En lo periodístico, se consideraba discípula de Chaves Nogales, y quizás fuera gracias a esta conexión sevillana como consiguió entrevistar a Belmonte en los años 60. Entonces Carabias le contó al torero “que observaba en Sevilla poca afición a los toros. Desde que llegué oía más bien hablar de fútbol”¹². A su vez, Belmonte le confesó a la periodista sus negras expectativas sobre el futuro del toreo y la rivalidad con el fútbol: “No parece tampoco —vista la desafección de las masas españolas, mucho más apasionadas por el fútbol— que el toreo tenga “cuerda” para perdurar a través de otro par de centurias”¹³. Las cuatro citas son muy reveladoras, pero necesitan cierto contexto sobre Chaves Nogales y la disposición de *Juan Belmonte* para poder ser interpretadas cabalmente.

Para empezar con el relativo al libro mismo, *Juan Belmonte, matador de toros*, fue publicado por entregas en la *Estampa*, en Madrid, entre el 29 de junio y el 14 de diciembre de 1935¹⁴, y en *La Nación*, en Buenos Aires, entre el 12 de julio y el 27 de diciembre de 1935. Ese mismo año de 1935 se publicó en formato libro, en la editorial de la *Estampa*, con el título *Juan Belmonte*,

¹⁰ *Ibid.*, p. 287.

¹¹ García Cames (2018), *op. cit.*, p. 121.

¹² Carabias, Josefina: «Epílogo», en: Manuel Chaves Nogales: *Juan Belmonte, matador de toros. Su vida y sus hazañas*. Madrid: Alianza, 2008, pp. 333-350, p. 346.

¹³ *Ibid.*, p. 334.

¹⁴ “Cada entrega tenía cuatro páginas. La serie iba ilustrada con sesenta interesantes fotografías originales de actuaciones del torero, muchas de ellas proporcionadas por el propio Belmonte; treinta y nueve ilustraciones de Andrés Martínez de León y cuatro dibujos de Bartolozzi, colaborador gráfico de *Ahora*”; Cintas Guillén (2007), *op. cit.*, p. 134.

matador de toros: su vida y sus hazañas (Madrid, Estampa, 1935), siendo traducida rápidamente al inglés (*Juan Belmonte. Killer of Bulls*, Toronto, Heinemann, 1937, Nueva York, Putnam, y Londres, Heinemann, 1937)¹⁵. La máxima experta en Chaves Nogales aclara que “la revista *Estampa*, creada en 1928 y con un formato que pretendía satisfacer las exigencias de la mujer moderna, culta e interesada por lo que ocurría a su alrededor, acogió la firma de interesantes escritores como Gómez de la Serna o Baroja”¹⁶. La revista había sido impulsada por Luis Montiel Balanzat, quien fundaría en 1930 el diario *Ahora*, que en 1934 dirigía Chaves Nogales en calidad de redactor jefe. Y resulta revelador que en esos meses finales de 1934, *Ahora* les preguntara a sus lectores: “¿Recuerda usted cómo era la vida en España en los principios de siglo?”¹⁷. En 1934, España entraba en los años más difíciles de la República, con el gobierno de la CEDA y la Revolución de Asturias, y la idea de que el país había sufrido cambios vertiginosos e irreversibles planeaba sobre la cabeza del escritor y periodista sevillano.

De hecho, la obra de Chaves Nogales llevaba tratando el tema del progreso y la memoria desde los años veinte. Su primera obra de importancia fue *La ciudad* (1921)¹⁸, que trataba un tópico que veremos en el primer capítulo de *Juan Belmonte*, es decir, la mezcla de tradición e innovación que, según Chaves Nogales, era propia de la ciudad de Sevilla a principios del siglo XX. A continuación, el periodista y escritor sevillano se dedicó al género de la biografía como modo de estudiar el entorno, con *Narraciones maravillosas y biografías ejemplares de algunos grandes hombres humildes y desconocidos* (1924)¹⁹, antes de centrarse en el análisis del cambio por excelencia en la Europa del momento, la Revolución de octubre. A ella dedicó Chaves Nogales su *La vuelta a Europa en avión. Un pequeño burgués en la Rusia Roja* (1929)²⁰, *La bolchevique enamorada (el amor en la Rusia*

¹⁵ *Ibid.*, pp. 154-155.

¹⁶ Cintas Guillén, María Isabel (ed.): Manuel Chaves Nogales: *Juan Belmonte, matador de toros. Su vida y sus hazañas*. Sevilla: Renacimiento, 2009, p. 14.

¹⁷ Cintas Guillén (2007), *op. cit.*, p. 129.

¹⁸ Chaves Nogales, Manuel: *La ciudad*. Sevilla: La Voz, 1921.

¹⁹ Chaves Nogales, Manuel: *Narraciones maravillosas y biografías ejemplares de algunos grandes hombres humildes y desconocidos*. Madrid: Caro Raggio, 1924.

²⁰ Chaves Nogales, Manuel: *La vuelta a Europa en avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja*, Madrid, Mundo Latino, 1929.

Roja) (1930)²¹ y *Lo que ha quedado del imperio de los zares* (1931)²². Y ese también es el objeto de uno de sus libros más interesantes, *El maestro Juan Martínez que estaba allí* (1934)²³, que Chaves Nogales construye a base de entrevistas con un bailar flamenco que estaba en Rusia durante la Revolución²⁴. Se trata de un libro estrictamente contemporáneo de *Juan Belmonte*, obra con la que guarda muchos parecidos, como señala Cintas Guillén²⁵: “En ambos casos los personajes reales cuentan en primera persona sus experiencias en sendas revoluciones”.

Pese a estas semejanzas y al valor de *El maestro Juan Martínez*, la crítica ha mostrado mucho más interés en *Juan Belmonte*, obra que se ha tomado como muestra de la trascendencia literaria de este torero²⁶, cuya figura también se ha estudiado por su relación con otros intelectuales y escritores del momento, como Gerardo Diego, quien le dedicó la «Oda a Belmonte», Ramón del Valle-Inclán o Ernest Hemingway²⁷. Desde luego, Belmonte era en muchos sentidos un torero atípico. Josefina Carabias destaca que llevaba siempre consigo una espuerta de libros²⁸, que “leía en el tren, en las posadas de los pueblos, en las enfermerías de las plazas y hasta en los calabozos” y que “un torero más bañado y leído no lo hubo ni lo habrá”²⁹. La propia narración de *Juan Belmonte* pone de relieve sus aficiones culturales. De niño, afirma Belmonte, “[d]evoraba kilos y kilos de folleti-

²¹ Chaves Nogales, Manuel: *La bolchevique enamorada (el amor en la Rusia roja)*. Barcelona: Asther, 1930.

²² Chaves Nogales, Manuel: *Lo que ha quedado del imperio de los zares*. Madrid, Estampa, 1931.

²³ Chaves Nogales, Manuel: *El maestro Juan Martínez que estaba allí*. Barcelona: Libros del Asteroide, 2007.

²⁴ Martínez vivió la revolución de marzo (o de Kerenski) en San Petersburgo, y los acontecimientos subsiguientes en Moscú, de nuevo San Petersburgo, Kiev y Odessa. En total, pasó seis años en la Rusia bolchevique.

²⁵ *Ibid.*, p. 130.

²⁶ Abella Martín, Carlos/ González Soriano, José Miguel: «La trascendencia literaria del Belmonte de Chaves Nogales», en: Romero de Solís, Pedro/ Gil González, Juan Carlos (eds.): *Juan Belmonte: la epopeya del temple*. Sevilla: Universidad de Sevilla/ Fundación Real Maestranza de Caballería, 2013, pp. 215-250.

²⁷ Aguado, Paco: «Juan Belmonte y los intelectuales», en: Romero de Solís, Pedro/ Gil González, Juan Carlos (eds.): *Juan Belmonte: la epopeya del temple*. Sevilla: Universidad de Sevilla/ Fundación Real Maestranza de Caballería, 2013, pp. 189-214.

²⁸ En el libro, Belmonte habla de “un baúl lleno de libros que yo llevaba siempre conmigo” (Chaves Nogales (2008), *op. cit.*, p. 239).

²⁹ Carabias, 2008, *op. cit.*, p. 324.

nes por entregas, cuadernos policíacos y novelas de aventuras. Los héroes del *Capitán Salgari*, *Sherlock Holmes*, *Arsenio Lupin* y *Montbars el pirata* eran nuestra obsesión³⁰. Luego, en la época madrileña, Belmonte describe en detalle a «Mis amigos los intelectuales», explicando que “[m]e subyugaba la fuerte personalidad de aquellos hombres: Julio Antonio, Enrique Mesa, Pérez de Ayala y, sobre todo, Valle Inclán”³¹. Además, en la obra Belmonte (¿o Chaves Nogales?) emplea insólitas referencias literarias para describir el toreo:

El animal prendido en los vuelos de mi muleta, iba y venía en torno de mi cuerpo, con exactitud matemática, como si en vez de precipitarse por mandato de su ciego instinto, le moviese un perfecto mecanismo de relojería, o más exactamente, aquel “aire suave de pausados giros” de que hablaba Rubén.³²

En suma, en *Juan Belmonte* toreo y poesía se conectan íntimamente, hasta el punto de que, en los círculos de intelectuales rebeldes donde se movía el novillero, “se decía que el toreo no era de más baja jerarquía estética que las bellas artes”³³. De hecho, y en cierto modo, el éxito de Belmonte entre los intelectuales preparó el del célebre Sánchez Mejías, otro caso extraordinario de torero con inquietudes³⁴.

En cualquier caso, *Juan Belmonte* merece el interés que le ha dedicado la crítica. La obra resulta notable por la excepcional integración de las voces del autor y el personaje, pues “el periodista introduce al protagonista desde la tercera persona, cuando es muy niño y, tras dar los primeros pasos, acaba dejando que sea el propio Belmonte el que cuente toda su vida”, por lo que “Chaves relató por escrito lo contado, con tal perfección, que no se sabe dónde empieza a hablar uno y acaba el otro”³⁵. La propia Cintas Guillén explica que la estructura del libro es tripartita: la primera parte narra los primeros años de Belmonte, con su infancia en Triana, su afán de ser torero y sus toreo clandestinos y nocturnos en las dehesas sevillanas, hasta llegar a 1912. Ahí, en el capítulo 10, empieza la segunda parte, en la que Bel-

³⁰ Chaves Nogales (2008), *op. cit.*, p. 25.

³¹ *Ibid.*, p. 164.

³² *Ibid.*, p. 229.

³³ *Ibid.*, p. 164.

³⁴ Teruel Martínez, Susana: *Ignacio Sánchez Mejías. Un torero en la literatura*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 2015.

³⁵ Cintas Guillén (2007), *op. cit.*, pp. 134 y 132.

monte pasa de celebridad local a internacional. Luego, en el 21, tenemos la tercera parte, con el desenlace de la vida de Belmonte y la plenitud de su arte, entre 1920 y 1935³⁶. A esto cabe añadir que, como avanzábamos arriba, Chaves Nogales le sabe dar al todo una coherencia extraordinaria que hace que la biografía se pueda leer como una novela. Así, el primer recuerdo de Belmonte, la muerte de un torero, el Espartero (pp. 11 ss.), parece preparar a los lectores para un desenlace trágico, impresión que se consolida al crecer la temeridad del niño y su particular estilo de torear, que hace que se ciernan sobre él negros presagios. Uno procede de un crítico taurino: "Rafael Guerra, desde su olimpo de la calle Gondomar, me había sentenciado: 'Darse prisa a verlo torear —aseguran que dijo—, porque el que no lo vea pronto no lo ve'"³⁷. Otro, de su amigo Valle-Inclán: "No te falta más que morir en la plaza", sentencia que da título al capítulo 12 del libro. La tensión va *in crescendo* en los capítulos siguientes:

Aquella temporada de 1913 fue la más dramática de mi vida taurina. A raíz de mi debut en Madrid comenzó la lucha furiosa de mis entusiastas y mis detractores. Creo sin jactancia que fue aquella una de las épocas más apasionadas del toreo. La gente llenaba las plazas esperando o temiendo que me matase un toro en cualquier momento, y aquella cédula de presunto cadáver que me habían extendido los técnicos al negarse a aceptar que fuese posible torear como yo lo hacía, provocaba tal tensión de ánimo en torno a mi figura, que con el menor pretexto se desataban los más frenéticos apasionamientos de la multitud.³⁸

Este clímax parece hallar su paroxismo con la rivalidad entre gallistas y belmontistas, que acaba, sin embargo, no con la muerte del protagonista, sino con la de Joselito.

Dejando ya de lado la estructura del libro, Cintas Guillén entiende que *Juan Belmonte* encierra un mensaje claramente político. Concretamente, un llamamiento a la tranquilidad en medio de la vorágine destructiva de finales de los años 30:

Al contar su vida un torero famoso, se ponen en evidencia conexiones ideológicas profundas con el autor y con otros muchos intelectuales

³⁶ *Ibid.*, pp. 134-136.

³⁷ Chaves Nogales (2008), *op. cit.*, p. 145.

³⁸ *Ibid.*, p. 154.

pequeño-burgueses que deseaban transmitir un mismo mensaje de mesura, no revolucionario, no extremista, ante los acontecimientos históricos de la España de 1935.³⁹

Ciertamente, Cintas Guillén tiene razón al subrayar que “Belmonte no hace declaración expresa de ninguna ideología política”⁴⁰. Sin embargo, en los comentarios del novillero sobre la situación de su época podemos deducir unas convicciones antirrevolucionarias, y quizás incluso conservadoras. En este punto, el libro se divide en dos partes aparentemente opuestas: la juventud y la madurez de Belmonte. En la primera, el torero muestra una gran rebeldía ante las jerarquías, como cabría esperar en un muchacho pobre en un barrio popular de Sevilla; en la segunda, el novillero critica los afanes revolucionarios desde su nueva posición de terrateniente y señorito. Sin embargo, la oposición no es completa, como se puede deducir de cómo usa Belmonte la palabra *anarquista*, que significa algo muy diferente en las dos partes. Al hablar de su juventud, cuando era quincallero en el Altozano y todavía no había debutado, Belmonte dedica el capítulo 4 a hablar de «Anarquía y jerarquía». Pero lo que allí entiende por *anarquía* es la insumisión ante la estructura del toreo de la época y la pertenencia a un grupo de toreros clandestinos que se introducían de noche a torear en las dehesas: “Las jerarquías de aquella pandilla de anarquistas se respetaban religiosamente”⁴¹. “Pero una noche surgió un incidente que trastocó las jerarquías de aquella sociedad de anarquistas”⁴².

En contraste, cuando la palabra aparece en la parte final, una vez Belmonte se ha convertido en “labrador y casinista, señorito en el campo y hombre de pueblo en la ciudad”⁴³, se refiere al movimiento obrero. Así, en el capítulo 22 («Un cortijo con parrales»), que cuenta cómo Belmonte se convirtió en terrateniente, el torero habla de una luz a la cual “deletrean los jornaleros

³⁹ Cintas Guillén (2007), *op. cit.*, p. 133.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 133.

⁴¹ Chaves Nogales (2008), *op. cit.*, p. 51.

⁴² *Ibid.*, p. 51. En esta pandilla de jóvenes anarquistas taurinos había uno, Ángel Pestaña, que luego sería anarquista de verdad (Valera, Carlos: «De la calle Feria a Triana... sueños de Juan Belmonte», *El Diario de Triana*, 16-I-2018, <https://www.eldiariodetriana.es/blog/la-calle-feria-triana-suenos-juan-belmonte/> (consultado 24-XII-2018), pero Belmonte no menciona el hecho.

⁴³ Chaves Nogales (2008), *op. cit.*, p. 287.

las aleluyas del crimen y el folleto anarquista”⁴⁴. En ese momento es evidente que las reivindicaciones obreras resultan amenazantes para Belmonte y, de hecho, el capítulo 24 («El totero y su ambiente») se puebla de tonos oscuros referidos a la situación política, y concretamente, al ambiente prerrevolucionario que se vivía en esa época en el campo andaluz:

Pero el año 35, el castillete de mi felicidad se vino a tierra. Mi mujer cayó gravemente enferma y, al mismo tiempo, las circunstancias sociales y políticas por que atravesaba España me procuraron frecuentes motivos de disgusto y hondas preocupaciones. Yo había invertido en tierras y ganadería el dinero que gané toreando. Era lo que se llama “un señorito terrateniente”. Es decir, el hombre contra quien se iniciaba en España una revolución.⁴⁵

Entretanto, se había proclamado la República, y los campesinos de Andalucía se hacían la cándida ilusión de que había llegado la hora del reparto. Es decir, que de la noche a la mañana yo estaba a punto de perderlo todo.⁴⁶

Creció el odio al propietario, bueno o malo, solo por ser propietario, y al socaire de las teorías anticapitalistas invadieron el campo cuadrillas de expropiadores, que no eran otros que los tradicionales algarines, los raterillos rurales, que siempre habían andado a salto de mata, y ahora tomaban un aire altivo de ejecutores de la justicia social.⁴⁷

Aunque el aparato terrorífico de la revolución era impresionante, la realidad revolucionaria era muy inferior a lo que aparentaba. Todo se reducía a los hurtos en el campo y a los sustos que los jornaleros daban a los propietarios que habían caciqueado o ejercido la usura; les pintaban cruces y calaveras en la puerta de sus casas; la clásica mano negra y la hoz y el martillo soviético marcaban cuanto poseían; les hurtaban todo lo que podían y, a veces, les desjarretaban el ganado. Hubo algunos casos en los que el odio al propietario no se contentó con estos daños y vejaciones, pero por lo general la rebelión de los campesinos no

⁴⁴ *Ibid.*, p. 286.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 308.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 309.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 310.

fue más allá. [...] Lo verdaderamente dramático era la ruina de la economía campesina, determinada por las huelgas innumerables.⁴⁸

En contraste, las referencias a la situación política y social durante la monarquía, durante la juventud y ascenso de Belmonte, son mucho más escasas, y en todo caso el torero no destila de ellas ninguna conclusión. Así, tenemos diversas menciones de la Guardia Civil, cuerpo que protege la propiedad de los terratenientes a balazos, pero estos comentarios de pasada no dan pie a ninguna crítica sistémica:

Pocas noches después, la Guardia Civil le partió el pecho de un balazo a un torerillo. ¡Cómo lloraba su madre!⁴⁹

La cosa más seria que hay en España, según dicen, es la Guardia Civil y pronto tuvimos ocasión de comprobar su fundamental seriedad los pobres torerillos que íbamos a Tablada para aprender a torear.⁵⁰

Es más, el sistema socioeconómico en vigor en esa época, el caciquismo, se presenta de modo amable y paternal, como un sistema en el que el poder se ejercía de modo benefactor y estaba situado al alcance de todos: “¿Quién no tenía un amigo que le pidiese a La Borbolla, el popular cacique de Sevilla, una tarjeta de recomendación para que fuese puesto en libertad un torerillo?”⁵¹. En cuanto a la situación en otros países, Belmonte dedica todo un capítulo (el 19) a su estancia en Venezuela, con el dictador conservador Juan Vicente Gómez, quien aparece como un cacique caprichoso pero benévolo. Es decir, Cintas Guillén acierta al subrayar el mensaje moderado y antirrevolucionario de *Juan Belmonte*, pero conviene añadir que ese mensaje también es conservador, o, por lo menos, claramente nostálgico.

De hecho, las reflexiones sobre el progreso son constantes en la novela desde sus páginas iniciales. En ellas, Chaves Nogales describe el *milieu* en que se formó Belmonte, que fue la ciudad de Sevilla, y en concreto la calle Feria y, luego, Triana. Ahí las innovaciones se asimilan armónicamente, creando un todo pintoresco y habitable:

⁴⁸ *Ibid.*, p. 313.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 56.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 67.

⁵¹ *Ibid.*, p. 74.

En cada generación se renuevan de manera insensible y naturalísima: a las tapias del convento suceden los paredones de la fábrica, el talabartero deja su hueco al *stockista* de Ford o Citroën, en el corralón de las viejas posadas ponen cinematógrafos y por la calzada donde antes saltaban las carretelas zigzaguean los taxímetros. Esta evolución constante les da una apariencia caótica por el choque perenne de los anacronismos y los contrasentidos. Ya ha surgido el gran edificio de las pañerías inglesas, y aún hay al lado un ropavejero; todavía no se ha ido el memorialista y ya está allí empujándole a morir la cabina del teléfono público; junto a la Hermandad del Santísimo Cristo de las Llagas está el local del sindicato marxista; aún no se ha arruinado del todo el señorito terrateniente y ya quieren comprarle la casa para edificar la sucursal de un banco; los quincalleros, con sus puestecillos ambulantes, disputan la calzada a los raíles del tranvía; los carros de los entradores del mercado llevan a su paso moroso a los automóviles que vienen detrás bocineándoles inútilmente; los pajariteros tapan las bocacalles con sus murallas de jaulas; tapizan las aceras los vendedores de estampas y librerías de viejo; los taberneros sacan a la calle sus veladores de mármol y sus sillas de tijera; en las esquinas hay grupos de campesinos y albañiles sin trabajo que toman desesperadamente el sol, y mocitos gandules y achulados que beben vasos de café y copitas de aguardiente; los chicos se pegan y apedrean en bandadas, gruñen las viejas, presumen las mozuellas, discuten las comadres, los perros merodean a la puerta de las carnicerías y el agua sucia y maloliente corre en regatos por el arroyo. Todo está allí vivo, palpitante, naciendo y muriendo simultáneamente.⁵²

En este sentido, según el libro *las antípodas de Sevilla es la ciudad de Nueva York*, que Belmonte presenta como una encarnación de la modernidad y del progreso devorador y deshumanizante:

Nueva York no me gustó. Demasiado grande y demasiado distinto. Ni aquellas simas profundas eran calles, ni aquellas hormiguitas apresuradas eran hombres, ni aquel hacinamiento de hierros y cemento, puentes y rascacielos era una ciudad. Va un hombre por una calle de Sevilla pisando fuerte para que llegue hasta el fondo de los patios el eco de sus pasos sonoros, mirando sin tener que levantar la cabeza a los balcones, desde donde sabe que le miran a él, llenando la calle toda con

⁵² *Ibid.*, pp. 8-9.

su voz grave y bien entonada cuando saluda a un amigo con quien se cruza: "¡Adiós, Rafaé...!" y da gloria verlo y es un orgullo ser hombre y pasar por una calle como aquella y vivir en una ciudad así.

Pero aquí en Nueva York, donde un hombre no es nadie y una calle es un número, ¿cómo se puede vivir?⁵³

En este contexto de enfrentamiento entre tradición y modernidad, el toreo representa la conexión con el pasado. Según Belmonte, en esa época, la de su aprendizaje y primeros triunfos, el toreo era parte de la vida cívica:

Entonces, las corridas de toros tenían una resonancia y una trascendencia que hoy no tienen. Una buena faena no se acababa, como hoy, en el momento en que las mulillas se llevan al toro, sino que cuando los aficionados salían de la plaza era cuando empezaba realmente a destacarse y cobrar vida y color en los labios trémulos del espectador entusiasmado, que lo relataba una y mil veces, recordándola en sus menores detalles. Era una época en que después de una buena faena se veía a la gente toreando por las calles. "Hizo así", decían, al mismo tiempo que simulaban el pase culminante los contertulios que discutían en los cafés, los transeúntes que se paraban al borde de las aceras, los porteros galoneados en los pasillos de los ministerios y los curas en las sacristías. La noche después de una buena corrida y toda aquella semana no se hablaba de otra cosa. La afición a los toros era universal.⁵⁴

Los toros eran parte de lo que conformaba la sociedad cívica, la ciudad humana con la que sueña Belmonte, pero al reflexionar sobre la situación de 1935, el novillero percibe que la tauromaquia tiene los días contados. De hecho, el capítulo final del libro (el 25: «Una teoría del toreo») resulta apocalíptico en ese sentido. En él, Belmonte pontifica sobre la "decadencia del toreo"⁵⁵ y critica que "[l]os toros de lidia son hoy un producto de la civilización, una elaboración industrial estandarizada, como los perfumes Coty o los automóviles Ford"⁵⁶. Antes, Belmonte expresa, medio en broma medio en serio, la convicción de que

⁵³ *Ibid.*, p. 173.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 198.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 325.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 326.

los gobiernos socialistas iban a abolir las corridas de toros⁵⁷. Lo que resulta evidente es que en *Juan Belmonte* domina un tono nostálgico que idealiza el sistema político y modo de vida de comienzos de siglo, y que presenta los toros como parte de un modo de vida en vías de extinción, que sucumbe ante el progreso y que añora el protagonista: “Todo aquello que hace veinte años tenía un color y una vida que se han perdido, me sugestionaba y divertía”⁵⁸.

Podría objetarse que la frase final de la obra (“La verdad, la verdad es que yo he nacido esta mañana”⁵⁹) resulta optimista, pero en realidad se refiere a la libertad del personaje de Juan Belmonte frente a diversas condiciones determinantes, no al futuro del arte del toreo. Igualmente podría objetarse a nuestro análisis que el espíritu elegíaco que estamos subrayando en el libro era de esperar y no resulta extraordinario, ya que es parte esencial del género de las memorias, al que tanto le debe *Juan Belmonte*. Sin embargo, lo cierto es que en el volumen, el novillero no se limita a idealizar su infancia y juventud, sino que considera que su manera de torear —que, paradójicamente, era revolucionaria y dio origen al toreo moderno— estaba místicamente conectada con el pasado y con el difuso arte de un torero al que nunca vio torear: el sevillano Antonio Montes (1876-1907). Belmonte explica que durante su juventud trianera oponía la entelequia del estilo de Montes a los cánones que se aceptaban en el momento:

Bombita y Machaquito eran entonces las figuras máximas del toreo; para la pandilla de San Jacinto eran dos estafermos ridículos. No teníamos más que una superstición, un verdadero mito que amorosamente habíamos elaborado: el de Antonio Montes. Lo único respetable para nosotros en la torería era aquella manera de torear que tenía Antonio Montes, de la que nos creíamos depositarios a través de unas vagas referencias. Todos nos hacíamos la ilusión de que toreábamos como toreó Montes, y con aquella convicción agredíamos implacablemente a los toreros que en aquel entonces estaban en auge.⁶⁰

Al exaltar a Montes y al hablar de su estilo taurino, que considera el suyo propio, Belmonte asume un léxico religioso que

⁵⁷ *Ibid.*, pp. 210-211 y 217.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 163.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 331.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 48.

Antonio Sánchez Jiménez

presenta las jerarquías del toreo como una liturgia y a Montes, como una revelación y un milagro:

En la liturgia de los toros yo sería siempre el último monaguillo. En cambio, me creía en condiciones de ser el depositario de una verdad revelada.⁶¹

Llegué a creerme que toreaba como Antonio Montes por una milagrosa intuición de su estilo, que me hacía la ilusión de haber exhumado.⁶²

¿Qué había hecho yo? Prescindir del público, de los demás toreros, de mí mismo y hasta del toro, para ponerme a torear como había toreado tantas noches a solas en los cerrados y dehesas, es decir, como si estuviese trazando un esquema en un encerado. Dicen que mis lances de capa y mis faenas de muleta aquella tarde fueron una revelación en el toreo. Yo no lo sé ni puedo juzgarlo. Toreé como creía que debía torear; ajeno a todo lo que no fuese mi fe en lo que estaba haciendo.⁶³

Era yo un pobre hombre que creía estar en la posesión de una verdad y la decía.⁶⁴

Cuál fuera esa verdad, es decir, la filosofía taurina de Belmonte, nos acerca a nuestra intención de interpretar las referencias al fútbol en la obra. Y es que, para el Pasma de Triana, la tauromaquia es un ejercicio espiritual⁶⁵, no físico, como explica Belmonte en detalle, al contar que triunfó en los toros pese a estar días y semanas enteras sin apenas dormir:

Hago notar esto en apoyo de mi tesis de que el toreo es, ante todo, un ejercicio de orden espiritual. En una actividad predominantemente física jamás ha podido triunfar un hombre físicamente arruinado, como yo lo estaba entonces. Si en el toreo lo fundamental fuesen las facultades, y no el espíritu, yo no habría triunfado nunca.⁶⁶

⁶¹ *Ibid.*, p. 48.

⁶² *Ibid.*, p. 65.

⁶³ *Ibid.*, p. 138.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 156.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 156.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 157.

Técnicamente, este lugar secundario para las facultades físicas se debe a la adopción belmontina de la técnica del parar (o “del parón”) y del toreo a la redonda⁶⁷, que Belmonte resume explicando que para dominar al toro hay que utilizar la razón, no la fuerza:

Se regía entonces el toreo por aquel pintoresco axioma lagartijero de: “Te pones aquí, y te quitas tú o te quita el toro”. Yo venía a demostrar que esto no era tan evidente como parecía: “Te pones aquí, y no te quitas tú ni te quita el toro si sabes torear”. Había entonces una complicada matemática de los terrenos del toro y los terrenos del torero que a mi juicio era perfectamente superflua. El toro no tiene terrenos, porque no es un ente de razón, y no hay registrador de la Propiedad que pueda delimitárselos. Todos los terrenos son del torero, el único ser inteligente que entra en el juego, y que, como es natural, se queda con todo.⁶⁸

Sin embargo, más que estos detalles nos interesa su consecuencia, que es la subordinación del aspecto atlético de la tauromaquia a la cierta filosofía del toreo. Belmonte incide en ello al contar con gracejo y cierto orgullo cómo descuidó sus capacidades físicas cuando su valedor, Calderón, trató de forzarle “a un entrenamiento durísimo, que él juzgaba indispensable para el triunfo en los toros”, y que consistía en lo siguiente:

Íbamos a la cuesta de Castilleja o a San Juan de Aznalfarache, y allí me obligaba Calderón a que hiciese flexiones y diese saltos hasta que caía extenuado. Se le ocurrió también que para poder matar toros tenía que robustecer el brazo, y me hacía llevar en la mano derecha un grueso bastón con barra de hierro, que pesaba un quintal. Aquel terrible bastón me desmenuaba el brazo y el hombro, y aunque yo procuraba arteramente dejarlo olvidado en todas partes, el celo de Calderón lo recobraba siempre.⁶⁹

Sin embargo, esta política sólo logró agotar al novillero, que la abandona rápidamente. La hazaña de Belmonte consiste, de

⁶⁷ El propio Belmonte hace referencia a la primera: “Me convencí entonces de que en la lidia —de hombres o de bestias— lo primero es parar. El que sabe parar, domina. De aquí mi «técnica del parón», que dicen los críticos” (*ibid.*, p. 64).

⁶⁸ *Ibid.*, p. 155.

⁶⁹ *Ibid.*, pp. 118-119.

hecho, en pasarse sin ella, en torear racionalmente, lo que no logran entender los personajes que encarnan el progreso avasallador en *Juan Belmonte*, los estadounidenses —recordemos la opinión de Belmonte sobre Nueva York—, como revela el protagonista en un pasaje en que narra su encontronazo con un periodista de esa nacionalidad:

Años después, estando en Norteamérica, fui entrevistado por un periodista yanqui, que mientras hablábamos no hacía más que mirarme de arriba abajo y remirarme con una insistencia y una estupefacción verdaderamente molestas. Me observaba atentamente y luego preguntaba en inglés al amigo que nos servía de intérprete: “¿Y este es el rey de los toreros?”. Volvía a mirarme de una manera impertinente, me confrontaba con un retrato mío que llevaba e insistía: “¿Está usted seguro de que es este el rey de los toreros?”. Me di cuenta de su estado de ánimo y me puse de mal humor. Me levanté dando por terminada la entrevista, y pedí al amigo que traducía la conversación: “Dígale usted a ese tío que sí, que soy el rey de los toreros... ¡Que no me mire más! Dígale también que los toreros no tienen que matar los toros a puñetazos, y, por si es capaz de comprenderlo, dígame, además, que el toreo es un ejercicio espiritual, un verdadero arte”.⁷⁰

El malentendido se debe, obviamente, a que el periodista imagina el toreo como un deporte, y concibe a los toreros por analogía con los atletas. Pero Belmonte se rebela furiosamente contra esa idea y acaba arrojando sobre el fariseo su verdad revelada: la tauromaquia “*è cosa mentale*”.

Con esta idea del toreo como “ejercicio espiritual” podemos regresar a las citas sobre el fútbol con el fin de justificar por qué el deporte rey funciona en la novela como uno de los símbolos del progreso inexorable. El silogismo es sencillo: si *Juan Belmonte* es, como hemos estado sosteniendo, un libro nostálgico con el que Chaves Nogales trata de responder a la pregunta de *Ahora* (“¿Recuerda usted cómo era la vida en España en los principios de siglo?”), el toreo representa ese arte espiritual y lírico que contiene los valores humanos del modo de vida tradicional. En contraste, el fútbol es el símbolo del futuro inexorable al que se plegarán todos los niños sevillanos⁷¹, de la desaparición del

⁷⁰ *Ibid.*, p. 157.

⁷¹ También observamos esta preocupación en otros defensores del toreo en la época (Corcuera (2017), *op. cit.*).

modo de vida tradicional ante las modas anglosajonas (recordemos el pasaje de los anglicismos). Según el libro, el toreo es un arte, un ejercicio espiritual, como proclamaba Belmonte con un lenguaje típico del momento, como demuestran las citas de detractores del fútbol en la prensa de la época que también incidía en los anglicismos:

Ahora resulta que el "foot-ball" no es un "sport", sino un arte —llegaron a escribir—. Así calificaba un trompetero de la pelota, hace no demasiadas fechas, al ir y venir de manotazos, golpes, caídas farragosas y carreras, porque los "foot-ballers" corren y corren, aunque seguramente no lleguen a ningún tren. ¿Y qué son sus practicantes? ¿Artistas del mandoble y el pescozón? ¿De la patada violenta? Mejor les vendría meditar sobre lo que de ellos se espera, como jóvenes con todo el futuro por delante. Descubrirían que el arte es otra cosa. Un lienzo de Sorolla, de Fortuny o Zuloaga, por ejemplo, un soneto clásico, cualquier romanza de clerecía rasgada al laúd o la guitarra. Y a lo mejor, también, que hay más arte en la colocación de un perfecto par de arpones, en una estocada magistral o un buen redondo, que en todas las redondeces de su pelota. Pero aconsejenles cuidado, porque el ejercicio mental también requiere adiestramiento. No sea que por precipitación lastimen tan sin par intelecto.⁷²

En esta oposición de fútbol y toros, pues, *Juan Belmonte* es un libro típico de su tiempo. Estudiando la situación en el Río de la Plata a comienzos del siglo XX, Pablo Alabarces también concluye que el fútbol era entonces una metáfora de la modernidad⁷³: también lo es en *Juan Belmonte*, aunque entendido negativamente. El mérito de Chaves Nogales consiste en haber compaginado este mensaje dulcemente nostálgico con la creación de un personaje entrañable y alegre, y con un estilo vivo y veloz.

⁷² *Ibid.*

⁷³ Alabarces (2002), *op. cit.*, p. 15.

BIBLIOGRAFÍA

- Abella Martín, Carlos/ González Soriano, José Miguel: «La trascendencia literaria del Belmonte de Chaves Nogales», en: Romero de Solís, Pedro/ Gil González, Juan Carlos (eds.): *Juan Belmonte: la epopeya del temple*. Sevilla: Universidad de Sevilla/ Fundación Real Maestranza de Caballería, 2013, pp. 215-250.
- Aguado, Paco: «Juan Belmonte y los intelectuales», en: Romero de Solís, Pedro/ Gil González, Juan Carlos (eds.): *Juan Belmonte: la epopeya del temple*. Sevilla: Universidad de Sevilla/ Fundación Real Maestranza de Caballería, 2013, pp. 189-214.
- Alabarces, Pablo: *Fútbol y patria. El fútbol y las narrativas de la Nación en la Argentina*. Buenos Aires: Prometeo, 2002.
- / Moreira, Verónica: «Football in Latin America: A Recent Field, a Research Agenda», en: Hughson, John/ Moore, Kevin/ Spaaij, Ramón/ Maguire, Joseph (eds.): *Routledge Handbook of Football Studies*. London: Routledge, 2017, pp. 457-467.
- Carabias, Josefina: «Epílogo», en: Manuel Chaves Nogales: *Juan Belmonte, matador de toros. Su vida y sus hazañas*. Madrid: Alianza, 2008, pp. 333-350.
- Castillo Martos, Manuel: «Juan Belmonte en América», en: Romero de Solís, Pedro/ Gil González, Juan Carlos (eds.): *Juan Belmonte: la epopeya del temple*. Sevilla, Universidad de Sevilla/ Fundación Real Maestranza de Caballería, 2013, pp. 143-188.
- Chaves Nogales, Manuel: *Juan Belmonte, matador de toros. Su vida y sus hazañas*. Madrid: Alianza, 2008.
- *La bolchevique enamorada (el amor en la Rusia roja)*. Barcelona: Asther, 1930.
- *La ciudad*. Sevilla: La Voz, 1921.
- *Lo que ha quedado del imperio de los zares*. Madrid, Estampa, 1931.
- *El maestro Juan Martínez que estaba allí*. Barcelona: Libros del Asteroide, 2007.
- *Narraciones maravillosas y biografías ejemplares de algunos grandes hombres humildes y desconocidos*. Madrid: Caro Raggio, 1924.
- *A sangre y fuego*, ed. de María Isabel Cintas Guillén. Sevilla: Renacimiento, 2013.
- *La vuelta a Europa en avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja*, Madrid, Mundo Latino, 1929.
- Cintas Guillén, María Isabel: «El Belmonte de Chaves Nogales», *Revista de Estudios Taurinos*, XXIII (2007), pp. 129-155.

- (ed.): Manuel Chaves Nogales: *Juan Belmonte, matador de toros. Su vida y sus hazañas*. Sevilla: Renacimiento, 2009.
- Corcuera, José Ignacio: «Fútbol y toros», *Cuadernos de Fútbol*, LXXXIX (2017), <http://www.cihefe.es/cuadernosdefutbol/2017/07/futbol-y-toros/> (consultado 24-XII-2018).
- García Cames, David: *La jugada de todos los tiempos: fútbol, mito y literatura*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 2018.
- Giménez-Caballero, Ernesto: *Casticismo, nacionalismo y vanguardia (antología, 1927-1935)*, ed. de José Carlos Mainer. Madrid: Fundación Santander Central Hispano, 2005.
- Goldblatt, David: *The Ball Is Round. A Global History of Football*. London: Viking, 2006.
- Teruel Martínez, Susana: *Ignacio Sánchez Mejías. Un torero en la literatura*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 2015.
- Trapiello, Andrés: «Prólogo», en: Chaves Nogales, Manuel: *El maestro Juan Martínez que estaba allí*. Barcelona: Libros del Asteroide, 2007, pp. xv-xx.
- Valera, Carlos: «De la calle Feria a Triana... sueños de Juan Belmonte», *El Diario de Triana*, 16-I-2018, <https://www.eldiariodetriana.es/blog/la-calle-feria-triana-suenos-juan-belmonte/> (consultado 24-XII-2018).